

El Corresponsal de París  
Hoja autografa diaria

Servicio de la prensa española

Redaccion y Administr<sup>n</sup>

5, rue Lamartine

Paris.

Paris 11<sup>o</sup> de Marzo 1888.

## Suplemento.

— Sumario: Hipnotismo literario, por Fernandez  
Bremón — Poesia — La literatura castellana en el siglo  
XIX, por P. Genes. — Miscelánea.

### Hipnotismo literario. (Conclusion).

Es indudable que el Quijote se leyó mucho en la época de su aparición; pero, ¿tuvo entonces la consideración literaria que merecía? Ni la sospechó su mismo autor, que daba la preferencia á otras novelas. A mi entender, como obra de crítica, disonó entre las ideas admitidas, y en cuanto á novela, la misma verdad de los tipos y escenas, se consideró como vulgaridad: así se explica que su autor tuviera al vulgo de su parte, y no á los literatos. Creo que en el Quijote hay más que la labor de un hombre, la influencia de una época: elemento de vulgaridad para su tiempo, no se tuvo por un trabajo esquisito en el convencionalismo literario de entonces; síntesis de toda una sociedad, ejerce una sugestión constante sobre generaciones y pueblos muy remotos.

¿Qué son los Cervantistas? Hombres hipnotizados por el famoso libro de Cervantes, que en aquella serie de venteros, moras de partido, gaucos, galeotes, enadrilleros, moros de mulas, cautivos, sidores, duques y lacayos, fue influido por todo lo que había visto y oído en sus viajes; como en las aventuras e ideas del protagonista, en forma de sarcástica parodia, bulle en el libro y le nutre de ideas toda una literatura, pues toda crítica se alimenta y vive de aquello mismo que destruye. ¡Ejemplo admirable de hipnotismo el del Quijote!

Los tipos eran nuevos, y por eso Don Quijote y Sancho fueron recibidos, citados y admitidos por la literatura de su tiempo. Los elementos del libro eran vulgares entonces, y no dieron á su autor la categoría literaria que el tiempo le ha otorgado.

• Dicese que algunos extranjeros se la daban, y esto se explica facilmente: lo que era en España vulgar de punto conocido, tenia fuera de ella el encanto de lo desconocido y pintoresco. Veian los extranjeros lo que hoy vemos nosotros, extranjeros tambien para aquella época. El tesoro amontonado en el Guinote, que parece excesiva riqueza para un hombre.

Algunas veces se me ocurren ciertas dudas. ¿Son los escritos los verdaderos pensamientos de su tiempo, o simples memorias listas de las opiniones ajenas? ¿Piensa algo el que escribe de prisa, o repite lo que está dicho? El pensar y el escribir ¿son oficios de una misma persona?

Público que nos lees ¿te gustarán nuestros trabajos, cuando eres tú mismo el que los dicta, y te disgustarán cuando queremos imponerte ideas que no te son familiares y queridas?

Vive cada cerebro entre un oleaje de pensamientos este- riores, que le impresionan sin cesar. Unos se fijan, y parece que se graban para siempre, otros se borran, como si no hubieran llegado hasta nosotros. No tiene la memoria albergue para todos. Algunos son a manera de semillas, que se recojen transformados en granos o en flores aromáticas. ¿Somos nosotros que repetimos? ¿Máquina que trituramos y hacemos merced?

¿Espejos de reflejar ideas ajenas? Esto en cuanto a la influencia del pensamiento escrito y hablado: la naturaleza con sus mares y sus bosques, riberas, tormentas y estaciones, nos habla en lenguaje incomprensible que cada cual traduce a su manera, y si con los sentidos su- frimos el hipnotismo del medio que nos cerca, y otros sentidos más delicados nos ponen en relacion con otros mundos; que nos queda de obra propia y exclusivamente nuestra, que podamos considerar patrimonio del que escribe?

El poeta más sublime solo repite las ideas que le susurran a su oído. ¿Qué es la firma de un escritor?

El sello de su fábrica.

José Fernández Boverio.

Victor Hugo de Museo Pensamiento.

Pescadorella heclucera  
 laurase al mar, atrevida,  
 do las olas son mi vida  
 que rugiendo está altanera  
 por los vientos combatida.  
 El covarón, que en un abismo  
 libra continuas batallas,  
 la red no vio, y por es mismo

por atracción o embolismo  
 se ha enredado entre sus mallas.

Ella logró encadenar  
 mi poder a su albedrío  
 des que supo enamorarse  
 lo que pudo ayer causar  
 mi funesto desvario.

V.

## La literatura castellana en el siglo XIX.

La escuela liberal empezó a dar señales de vida en España a la caída de Napoleón I. Reclamada la invasión imperialista, la juventud inspiróse en la titánica lucha de las ideas humanitarias contra las instituciones de la tiranía, adquiriendo un estilo magnífico y grandioso; entonces apareció Quintana. La oratoria política dió origen a una literatura despojada de toda convención. Las Cortes vivieron a ser una escuela de libertad para los oradores, frente a frente de la Academia encerrada en su clasicismo como una momia en sus ligaduras. El movimiento constitucional iniciado por Riego dió vida y expansión a los literatos. Del corazón del pueblo se exhalaban cantos entusiastas en loor del progreso y de la libertad. Bien pronto los realistas, ayudados por las tropas del Duque de Angulema, restablecieron el poder absoluto, y los escritores más distinguidos, los oradores más inspirados, todos los que formaban aquella plejada de defensores de la libertad, Esturiz, Toreno, Martínez de la Rosa, Saavedra, Galiano, etc. se vieron obligados a abandonar la patria. Entonces establecióse una censura eclesiástica que solo dejaba salir a luz las obras que se escribían en libros del clero o del rey, y cual pesado manto de plomo ahogaba todas las manifestaciones del pensamiento.

Después de la revolución francesa de 1830, las tendencias de la literatura cambiaron de rumbo. Francia, que nos había antes contagiado con su clasicismo, nos invadía, al mismo tiempo que Inglaterra, con el romanticismo más exagerado.

El clasicismo no había echado raíces en España; era demasiado frío; demasiado convencional para aclimatarse en este país de grandes pasiones y de temperamento ardiente. El romanticismo, al contrario, cuadraba perfectamente al carácter español; así es que Lord Byron, Víctor Hugo, de Musset, Lamartine, Walter-Scott fueron leídos por todo el mundo, poco después de su aparición.

A su voz, la literatura española despertó del letargo profundo en que yacía, y diéronse a conocer Ventura de la Vega, Santos Alvaraz, Bretón de los Herreros, Gil y Fariate, García Gutiérrez, Espronceda, Larra y Zorrilla. Los periódicos se multiplicaron; los poetas y los oradores inspira-

ronse en las luchas políticas; Cortina, Olveaga y Joaquín María López dieron al viento sus calurosas fervoraciones desde la tribuna parlamentaria. Aparecieron dramas, atrevidos, llenos de movimiento y emoción, dramas que confundían con la tragedia: "El trovador" "El zapatero y el Rey" "Los Amantes de Teruel" "Carlos II el Hechizado" provocaron el más vivo entusiasmo en todos los públicos de la Península. Aquella época lo fue también de notables historiadores. Evaristo San Miguel empujó entonces su "Historia de Felipe II" y Lafuente su "Historia general de España".

Pero esta literatura brillante y entusiasta estaba falta, por lo general, de una base fuerte, de un fondo serio. Sin conocimientos científicos, cantó la libertad en nombre de la religión. Algunas veces se presentó escéptica, dudando del pasado y no previendo nada en el porvenir. No busqueis en ella una idea filosófica fundamental, ni una síntesis generalización positiva; solo contiene un liviano sentimental o negaciones. Los escritores más profundos, más intencionados, como Espronceda y Larra son meros contradictores; su objeto solo es la demolición. Nadie tiene la fuerza suficiente para presentar las conclusiones científicas de una manera que las haga aceptables a sus conciudadanos, sumidos en el sentimentalismo. Bien al contrario; el objeto de sus cantos es siempre la oposición entre la idea y el sentimiento, y la desgracia como efecto de esta oposición. Los literatos de aquella época encuentran el pasado helado por el desencanto, y ven el porvenir como un problema sin solución. Son tan ingenuos, y están dotados de una sensibilidad tan exagerada, que de los más ínfimos contratiempos que les afectan deducen que el dolor es la ley de la vida: tanto influye sobre su espíritu la situación individual por que atraviesan (5)

Los últimos tiempos del reinado de Isabel II fueron notables por la gran reacción neocatólica. El gobierno de O'Donnell fomentó la instrucción pública; pero arrastrado por su eclecticismo dejó que el clero se apoderara de la educación de la juventud. La corte era presa de las más groseras supersticiones, dominada por el padre Claret y sor Patrocinio. Allí solo eran honrados los glorificadores de la Inquisición, como Trueta, Fernán Caballero, Selgas, Llórens Catalina, etc.

(Se continuará)

Compeyo Gener.

(5) Para verlo confirmado, basta leer los últimos escritos de Larra. El íntimo crítico, uno de los mejores escritores de su tiempo, desespera de todo, y sus obras reflejan el más profundo escepticismo.

## Miscelánea

Féopilo Gautier

(Retrato à la pluma, traducido del Diario de los hermanos Goncourt)

Vive en la calle de Longchamps, n.º 32, en Neuilly; una calle de edificios pobres y trísticos, con patios llenos de aves; una calle à modo de esas calles de las afueras que pinta Herriès con su pincel artísticamente sucio. Empujamos la puerta de una casa blanqueada, y entramos en casa del sultán del epíteto. Un salón amueblado con sillas de Damasco rojo y maderas doradas, de pesada forma veneciana, cuadros antiguos de la escuela italiana con un parte de Carnes amarillas; encima de la chimenea un espejo historiado con arabescos de color y caracteres persas, estilo café turco: una suntuosidad pobre, formando como la casa de una actriz vieja, retirada ya, y que no hubiera obtenido más que cuadros en la quiebra de un empresario italiano.

Como le preguntásemos si le causabamos alguna molestia:

Nada de eso - nos dijo. Yo no trabajo nunca en mi casa, sino en el Moniteur, en la imprenta. Van conmigo conforme escribo. Solo me hace andar el olor de la tinta de imprenta. Y sobre todo las prisa. Es fatal. Tengo que entregar mis cuartillas. Si solo allí puedo trabajar. No podría hacer una novela de otro modo, si no imprimiéndome lo que hago à medida que lo escribo. En la prueba se corrige. Lo que habeis hecho es ya mi personal, mis entras en las cuartillas son vuestros, es vuestra mano, vuestro carácter de letra, todavía aquello no ha sido de uno... Yo me he hecho algunos chartes de trabajo. Durante toda mi vida, pues bien: nunca he podido hacer nada en ellos... Necesito movimiento à mi alrededor algo de aquél que, cuando me encierro para trabajar, la soledad me entristece. También se trabaja bien en un escritorio sobre una mesa de pino blanco, papel ordinario y teniendo en un rincón el fuelero, para no bajar...

De esto saltó à la crítica de la música. Y como declarásemos nuestra cordera musical: — Pues bien, dijo, eso me gusta. Yo soy como vosotros. Prefiero el silencio à la música. He vivido una parte de mi vida con una cantante, y solo he llegado à distinguir la música buena de la mala, pero una y otra me son indiferentes. Es curioso que todos los escritores contemporáneos piensan lo mismo. Balzac la esperaba; luego no puede sufrirla. El mismo Lamartine la tiene horror... solo à algunos pintores le gusta.

L.

El Corresponsal de París.  
Hoja autógrafo diaria.

Servicio de la prensa española.

Redacción y Administración  
5, rue Lamartine,  
París.

Año IV. - Núm.º 352.

París 12 de Marzo de 1888.

Juntamente moveríamos nuestra pluma entre los dedos y sacudiríamos nuestras ideas en el cerebro como se sacuden los granos de plomo encerrados en una botella: por muchos esfuerzos que hiciéramos, no acertaríamos a hablar de otra cosa que del advenimiento al trono de Alemania de aquel que ayer aun se llamaba el Kronprinz y que a la hora presente es ya el emperador Federico III. La crónica del día no habla de otra cosa. Los periódicos todos, sin excepción, llenan sus páginas con detalles sobre la muerte de Guillermo de Prusia, sobre el viaje de su sucesor y con toda suerte de conjeturas relacionadas con esos importantes acontecimientos. ¿Cómo salimos, pues, nosotros de este tema?

Lo cierto es que Europa asiste en estos momentos a un espectáculo trágico. Divíase que la mano de la antigua Fatalidad se ha extendido súbitamente sobre la rama de los Holencollern, y evócase el recuerdo de esas familias de príncipes casi fabulosos, cuya tremenda catástrofe nos ha contado Esquilo con su genio incomparable. Un distinguido cronista parisien escribía ayer, a este propósito, el nombre de Hamlet; y en efecto, hay que convenir en que la historia actual de la familia imperial de Alemania pareciese a un drama shakspeariano.

Y hay más aun: jamás la invención de los poetas ha llegado a concebir y a crear un personaje que reúna las condiciones extraordinarias del protagonista de ese drama. Ayer aun veíasele fuera de su país, enfermo, casi moribundo, destinado - así se creía al menos - a proceder en la tumba al emperador monagenario... Pero no: la muerte ha seguido el orden natural de las cosas, ha herido al anciano y ha colocado la corona sobre la cabera del hijo hasta entonces moribundo. Desde este instante el nuevo ungido se ha levantado de su prostración, y con paso sereno y tranquilo se le ve dirigirse hácia su pueblo, hácia su imperio,

para sentarse sobre el trono que la muerte le ha otorgado a despecho de todas las previsiones y donde tal vez ella misma va a tomar asiento a su propio lado acechando una nueva presa...

¡Extraña circunstancia! Si plugo al destino que Federico III reinara, en cambio está imposibilitado de pronunciar una sola palabra. La enfermedad, definida imperfectamente todavía, que sufre en garganta y la operación a que ultimamente ha debido sujetarse, le han hecho completamente afónico. Nada, pues, de discursos dictado con voz clara como tal vez el mismo hubiera deseado. Será como una especie de reinado del silencio. No podrá dictar sus voluntades, y si llega a poder escribir, será llevando de tiempo en tiempo su mano al cuello traqueotomizado atravesado por una canchales. Podrá llamarse con justo motivo: el emperador Federico III el mudo.

Y por una rara analogía que hace la situación todavía más grandiosa y siniestra, véase allí cerca, muy cerca, enfrente de Federico III, colocado en trono tan elevado y tan esplendoroso como el suyo, a un mundo voluntario: el czar. El primero es condenado al silencio; Alejandro se ha condenado a sí mismo a no decir una palabra. Soberano imperturbable, interviniendo en los asuntos de Occidente con una especie de impassibilidad oriental, agítase sombriamente, persigue el cumplimiento de planes y designios que solo él conoce y permite en su silencio cuando toda Europa está pendiente de sus labios. Los esfuerzos de la diplomacia buscan en vano los medios de arrancarle una sola palabra: lo mismo los amonestaciones que las amenazas resultan igualmente inútiles, y se estrellan contra su obstinada mutismo. Así vemos como Rusia y Alemania se callan, la una porque quiere y la otra porque no puede hablar. Difícilmente encontráramos en la historia algo así tan terrible, que se pareciera a esos dos Silencios presidiendo los destinos de los dos imperios más grandes y poderosos del mundo.

Y ahora cabe preguntar: ¿Será de alguna duración el reinado de Federico III? ¿se acentuará la mejoría que se le produjo últimamente en su enfermedad? La hipótesis afirmativa es poco verosímil. Esperemos, no obstante, su realización; esperemos, siquiera, por la paz y la tranquilidad de Europa.

Los últimos momentos del difunto emperador. — Como antes decía, no hay medio hábil de salir del tema que desde hace tres días, llena las páginas de todos los periódicos.

Respecto a los últimos instantes del emperador, he aquí las reseñas complementarias que encontramos en los telegramas que hoy han llegado de Berlín.

Mr. Kegel, primer predicador de la Corte, se presentó el jueves a las cinco de la tarde a la cabecera del enfermo. Después de haber dirigido al soberano algunas palabras de saludo y de haberle dicho que toda la nación alemana oraba por él, empezó a recitarle algunos fragmentos de los psalmos y versículos de Isaías. El emperador le respondió cada vez: "¡Es hermoso!"

Por la noche, el predicador Kegel recitóle las palabras siguientes del psalmista: "Ahora, Señor, dejad partir en paz a vuestros servidores, como vos lo habéis dicho."

La gran duquesa de Baden ha preguntado entonces al emperador si había comprendido. El soberano respondió afirmativamente, repitiendo distintamente las últimas palabras de la frase.

Más tarde, y cuando el silencio reinaba a su alrededor, dijo el emperador: "El me ha engañado con un nombre." Otra vez, pronunció, como en sueños, estas palabras: "Estableceremos horas de reconocimiento..." Como despertando, dijo un instante después: "He tenido un sueño... Era la última fiesta en la Catedral" Evidentemente soñaba cosas sus propias epequias.

En la noche del jueves al viernes, el pastor Kegel recitó también muchas veces la oración dominical y mantuvo una conversación a viva voz con la emperatriz.

Habiendo poco después recitado estas palabras del psalmista: "El Señor es la fuerza de mi vida; de quien, pues, podría tener yo miedo?", la gran duquesa de Baden le dijo al emperador:

"Papá, ¿has comprendido?"

El emperador le dijo por toda respuesta: "¡Qué hermoso es esto!"

La gran duquesa díjole enseguida:

"¿Sabes que mamá está acostada al lado de tu cama?"

El emperador abrió entonces los ojos y fijó durante mucho tiempo su mirada, todavía clara, sobre la emperatriz. Algunos instantes después, cerraba los ojos para siempre.

En última mirada, pues, ha sido para la emperatriz con esposa.



"Los pensamientos del emperador - Los periódicos de Berlín llegados a París esta mañana publican algunos de los pensamientos expresados por el emperador en diversas circunstancias. Permítasenos que entresaquemos varios de los más importantes."

"Quiero trabajar sin cesar en depurar mi espíritu y mejorar mi vida."

"No quiero de ningún modo tener a mi lado ~~un~~ hombre corrompido ni adulatorio."

"Los más rectos, los más sinceros, serán mis mejores amigos."

"Aquellos a quienes más amo son los que me dirán siempre la verdad, aun cuando esta me sea contraria"

"Considero dichoso mientras el pueblo prusiano lo sea"

"Los verdaderos sentimientos religiosos se manifiestan mejor en la vida diaria: es un punto que es preciso no olvidar y <sup>no</sup> distinguir de las manifestaciones exteriores."

"Mis deberes hacia la Prusia se confunden con los que me conciernen con relación al imperio."

"Como heredero de la Corona de Prusia, me siento fuerte en la creencia de que todos los éxitos de Prusia no han sido sino gradaciones que han marcado el establecimiento y la elevación del poderio del imperio"

"Toda medida de violencia es contraria a mis sentimientos y a mis convicciones."

"El espíritu alemán, sin renunciar al desarrollo individual que constituye su fuerza, sabe reforzar la unidad nacional en el amor que cada alemán siente por la patria"

"La imagen de mi madre, de sus virtudes, de su confianza en la justicia de Dios, de su amor hacia el pueblo prusiano y alemán, se conservará viviente de generación en generación."

### Ultima hora.

El nuevo emperador (Berlín, 12). El tren imperial procedente de Leipzig ha llegado a Charlottenbourg a las 11 y  $\frac{1}{4}$  de la noche, con tres cuartos de hora de retraso a causa del temporal de nieve que ha reinado durante una gran parte del trayecto. A pesar del frío glacial que se dejaba sentir, una multitud compacta esperaba en la estación la llegada del tren. El emperador y la emperatriz se dirigieron inmediatamente al palacio, sin detenerse más que el tiempo necesario para recibir los cumplimientos de los individuos de la familia real que fueron a saludarles. Estos, el canciller (que acompañaba al emperador desde Leipzig) y los ministros se fueron enseguida en marcha en dirección a Berlín. - El nuevo emperador ha llegado muy fatigado. Los médicos, especialmente el Dr. Martens, temen las consecuencias de este viaje. (Dolsa: 2010: 82: 75.)